

pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamas.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaeteadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciéndo: *Recipe*, que quiere decir *recibe*: de la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delinquentes, y luego *Ana, Ana*, que juntas hacen un Annás para condenar á un justo! Síguense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Buphthalmus, opopánax, leontopétalon, tragoriganum, potamogéton senospugillos, diacathalicon, petroselinum, scilla* y *rapa*. Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraunda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos y perejil y otras suciedades. Y como han oido decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las comprenden los enfermos. *Elingatis* dicen lo que es lamer, *catapotia* las píldoras, *clyster* la melecina, *glans* ó *balanus* la cala, y *errhinae* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Servén y verse convertir en baul una pierna ó muslo donde él está? Cuando vi á estos y á los doctores entendí cuán mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refran: *Mucho va del c... al pulso*; que ántes no va nada, y solo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla. ¿Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho á la hedentina? No les esperara un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía: Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebana, descarna y abrasa. Díome gran temor, y más verlos el paloteado que hacían con los cauterios y tientas: unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros; híceme un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, y en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas y no ver diente que no quieran ver ántes en su collar que en las quijadas, desconfían á las gentes de santa Polonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus

gatillos andar tras los dientes ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado desta maldita canalla? decia yo; y me parecia que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles y bacas; que me maten si no son barberos: ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar; que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gráti data: era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decia entre mí: ¡Dolor de la barba que, ensayada en saltarenes, se ha de ver raspar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folías! Consideré que todos los demas ministros del martirio inductoros de la muerte estaban en mala moneda y eran oficiales de vellon y hierro viejo, y que solos los barberos se habian trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luego comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores. Parecian azudas en conversacion, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilvan, otros á borbobones, otros á chorretadas, otros habladorísimos hablaban á cántaros: gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de dia ni de noche, gente que habla entre sueños, y que madruga á hablar. Habia habladores secos, y habladores que llaman del rio ó del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras como de cámaras, que hablan á toda furia. Habia otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hácia todas partes y tirando manotadas y coces; otros gimios haciendo gestos y visajes. Venian los unos consumiendo á los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas espulgándolos á todos. Venian tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños y bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detras venian los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venian ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio: son lapas de la ambicion y pulpos de la prosperidad. Estos venian los postreros, segun pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venian tan apartados; y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos):

—Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos. En ésto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabia imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecia mujer, muy galana y llena de coronas, centros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo

abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todas colores; por el un lado era moza, y por el otro era vieja; unas veces venía despacio, y otras apriesa; parecía que estaba léjos, y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque bien mirado era figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome:

—La muerte. ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije:

—Pues ¿á qué vienes?

—Por tí, dijo.

—¡Jesus mil veces! Muérome según eso.

—No te mueres, dijo ella; vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razón será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, vén conmigo. Perdido de miedo la dije:

—¿No me dejarás vestir?

—No es menester, respondió; que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa; yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros. Fui con ella donde me guiaba; que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino la dije:

—Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña. Paróse y respondió:

—Eso no es la muerte, sino los muertos ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamais morir es acabar de morir, y lo que llamais nacer es empezar á morir, y lo que llamais vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérais así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro; y viérais que todas vuestras casas están llenas della, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérais aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensais que es huesos la muerte, y que hasta que veais venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creais que lo podéis ser.

—Dime, dije yo, ¿qué significan estos que te acompañan, y porqué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos? Respondióme:

—Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso ó destemplanza de humores; pero

lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan: y así no habeis de decir, cuando preguntan ¿de qué murió Fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino murió de un doctor Tal, que le dió de un doctor Cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos, en villanos: yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares; solo de los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos.

En esto llegámos á una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zabullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro mónstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y díjome:

—¿Conoces á esta gente?

—Ni Dios me la deje conocer, dije yo.

—Pues con ellos andas á las vueltas (dijo ella) desde que naciste; mira cómo vives, replicó. Estos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquel, este es el Diablo, y aquella la Carne. Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte:

—Son tan parecidos, que en el mundo teneis á los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo.

—¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?

—Ese es (dijo la Muerte) el Dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo en que todos decís: Diablo es el dinero; y que lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo; endiablada cosa es el dinero. Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que no hay más mundo que el dinero; quien no tiene dinero váyase del mundo; al que le quitan el dinero decís que le echan del mundo, y que todo se da por el dinero. Para decir que es la carne el dinero, dice el Dinero: Dígalo la Carne; y remítase á las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.

—No tiene mal pleito el Dinero (dije yo), según se platica por allá. Con esto nos fuímos más abajo, y ántes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega me dijo:

—Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías. Abrióse la puerta, y estaban á un lado el infierno y el que llaman juicio de Mínos (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte:

—¿Qué miras?

—Miro (respondí) al Infierno, y me parece que le he visto otras veces.

—¿Dónde? preguntó.

—¿Dónde? (dije): en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatrerros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misas. Y lo que más he estimado es haber visto el juicio de Míno, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesia tal! (decía yo) si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creidas, sombra ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener deste juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba viendo que siendo este el juicio se está aquí casi entero, y que poca parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.

Con esto bajamos á un grandísimo llano, donde parecia estaba depositada la oscuridad para las noches. Dijome la Muerte:

—Aquí has de parar; que hemos llegado á mi tribunal y audiencia. Aquí estaban las paredes colgadas de pésames; á un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creidas y no esperadas; el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se habia desconsolado y creído, y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Alvarez ó Gonzalez; en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno) los tenia amarillos y gastados; y es la causa que lo bueno y santo para morderlo lo llega á los dientes; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacia de su vientre (y creo que es su hija legítima). Esta, huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se habia ido á las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y córtes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbia y odio, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre habia sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entónces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones.

—¿Quién diablos (dije yo) está lloviendo maldiciones aquí? Dijome un muerto que estaba á mi lado:

—¿Maldiciones quereis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: Mal haya quien me casó, mal haya quien con vos me juntó; y los más, mal haya quien me vistió?

—¿Qué tiene que ver (dije yo) sastres y casamenteros en la audiencia de la muerte?

—¡Pesia tal! dijo el muerto (que era impaciente), ¿estais loco? que si no hu-

biera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? A mí me lo decid, que soy marido cinco (como bolo), y se me quedó allá la mujer y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres; ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar á la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del sastre; y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis.

Alcé los ojos y vi la Muerte en su trono, y á los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frio, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenia, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Píramo y Tisbe embalsamados, y á Leandro y Hero y á Macías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interes rescucitaban. En la muerte de frio vi á todos los ricos, que como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede, y mueren de frio. La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren á sus mismas manos, y sus sayones son sus conciencias, y ellos son verdugos de sí mismos, y solo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios á los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenia un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia. Estos son los que diciéndoles: Restituid lo mal llevado; dicen: Es cosa de risa. Mirad que estais viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos: dejad la mujercilla que embarazais inútil, que cansais enfermo; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden: Es cosa de risa, y que nunca se sintieron mejores. Otros hay que están enfermos, y exhortándolos á que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aun no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta vision, y dije, herido del dolor y conocimiento: ¡Diónos Dios una vida sola, y tantas muertes! ¡De una manera se nace, y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir.

En esto estaba cuando se oyó una voz que dijo tres veces:

—Muertos, muertos, muertos. Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusieronse en órden con silencio.

—Hablen por su órden, dijo la Muerte. Luego salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me queria maltratar, y dijo:

—Vivos de Satanás, ¿qué me quereis, que no me dejais muerto y consumi-

do? ¿Qué os he hecho que sin tener parte en nada me disfamais en todo y me echais la culpa de lo que no sé?

—¿Quién eres, le dije con una cortesía temerosa, que no te entiendo?

—Soy yo (dijo) el malaventurado *Juan de la Encina*, el que habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andais, en haciéndose un disparate ó en diciéndole vosotros, diciendo: No hiciera más *Juan de la Encina*; daca los dispartes de *Juan de la Encina*. Habeis de saber que para hacer y decir dispartes, todos los hombres sois *Juan de la Encina*; y que este apellido de Encina es muy largo en cuanto á dispartes. ¿Pero pregunto si yo hice los testamentos en que dejais que otros hagan por vuestra alma lo que no habeis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñíme la barba por no parecer viejo? ¿Fuí viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenia? ¿Enamoréme con mi dinero y el quitarme lo que tenia? ¿Entendí yo que sería bueno para mí el que á mi intercesion fué ruin con otro que se fió dél? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir, y cuando tuve con qué, no tuve vida que vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fuí yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico ó medrase? ¿He creido las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos á los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Hemepreciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fuí desvergonzado por campear de valiente? Pues si *Juan de la Encina* no ha hecho nada desto, ¿qué necesidades hizo este pobre *Juan de la Encina*? Pues en cuanto á decir necesidades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamais dispartes los míos y parates los vuestros, pregunto yo: ¿*Juan de la Encina* fué acaso el que dijo: Haz bien y no cates á quien, habiendo de ser al contrario: Si hicieres bien mira á quién? ¿Fuí *Juan de la Encina* quien para decir que uno era malo dijo: Es hombre que ni teme ni debe, habiendo de decir que ni teme ni paga? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad ni temer ni pagar. ¿Dijo *Juan de la Encina*: De los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino: De las carnes la mujer, de los pescados el carnero, de las aves el Ave María y despues la presentada, de las damas la más barata. Mirad si es desbaratado *Juan de la Encina*: no prestó sino paciencia, no dió sino pesadumbres, él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necesidades pudo hacer *Juan de la Encina*, desnudo por no tratar con sastres; que se dejó quitar de la hacienda por no haber menester letrados; que se murió ántes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico? Solo un disparate hizo, que fué, siendo calvo quitar á nadie el sombrero, pues fuera ménos mal ser descortés que calvo; y fuera mejor que le mataran á palos porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos porque era calvario. Y si por hacer una necesidad anda *Juan de la Encina* por todos esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, en horamala para ellos; que todo el mundo es monte, y todos son Encinas.



«...mi hermano de siete años les sacaba los tuétanos de las faltriqueras...»

En esto estábamos cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo:

—Volved acá la cara; no penseis que hablais con *Juan de la Encina*.

—¿Quién es vuesamerced (dije yo), que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia?

—Yo soy, dijo, el *Rey que rabió*. Y si no me conocéis, por lo ménos no podeis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que á todo decis que se acuerda del *Rey que rabió*; y en habiendo un paredon viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decis que se acuerda del *Rey que rabió*. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones; y ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida y apollillada. Han dado en decir que rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado todos en decir que rabié, y no tiene ya remedio; y no soy yo el primero rey que rabió, ni el solo; que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabia. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes; porque andan siempre mordidos por las orejas, de envidiosos y aduladores que rabian.

Otro, que estaba al lado del *Rey que rabió*, dijo:

—Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el *Rey Perico*, y no me dejan descansar de dia ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del *Rey Perico*. Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fuí yo y mi tiempo y quién son ellos no es menester más que oillos, porque en diciendo á una doncella ahora la madre: Hija, las mujeres bajar los ojos y mirar á la tierra, y no á los hombres, responden: Eso fué en tiempo del *Rey Perico*; los hombres han de mirar á la tierra, pues fuéron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fuéron hechas dél. Si un padre dice á un hijo: No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persignate en levantándote, echa la bendicion á la mesa, dice que eso se usaba en tiempo del *Rey Perico*. Ahora le tendrán por un maricon si sabe persignarse, y se reirán dél si no jura y blasfema, porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura que al que tiene barbas.

Al que acabó de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía dijo:

—Basta lo que han hablado; que somos muchos, y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido.

—No dijera más *Mateo Pico*, y vengo á eso solo.

—Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo *Mateo Pico*, que luego andais si dijera más, no dijera más? ¿Cómo sabeis que no dijera más *Mateo Pico*? Dejadme tornar á vivir sin tornar á nacer; que no me hallo bien en barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos, ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que enmendárades el refran,

diciendo: Más dijera *Mateo Pico*. Aquí estoy, y digo más; y avisad desto á los habladores de allá; que yo apelo deste refran con las mil y quinientas. Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo *Mateo Pico*. Era un hombrecillo menudo, todo chillido, que parecia que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas, zambo de ojos y vizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante, y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullia en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafon, y poco á poco se fuéron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y destas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que habia visto y pasado me olvidé, y esta vision me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos.

—¡Jesus mil veces! dije, ¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma? En esto oi una voz que salia de la vasija, y dijo:

—¿Qué año es este?

—De seiscientos y veinte y dos, respondí.

—Este año esperaba yo.

—¿Quién eres, dije, que parido de una redoma, hablas y vives?

—¿No me conoces (dijo)? La redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oido decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?

—Toda mi vida lo he oido decir, le respondí; mas túvelo por conversacion de la cuna y cuento de entre dijés y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algun alquimista que penabas en esa redoma, ó algun boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.

—Sábetete, dijo, que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; solo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron, no sin dolor de los doctos.

—Sí me acuerdo, dije yo: oido he decir que estás enterrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.

—Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma. Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome: Espera; dime primero: ¿hay mucho dinero en España? ¿En qué opinion está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor? Respon dile:

—No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van resañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.

—¿Ginoveses andan á la zacapela con el dinero (dijo él)? Vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque solo el dinero que va á Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenia yo andando esos usa-

gres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar ántes que verlos hechos dueños de todo.

—Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con esto y los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y despues los hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.

—Animádome has, dijo, con eso. Dispondréme á salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.

—Mucho hay que decir en esto (le respondí yo); tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen; que un hombre honrado ántes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo se rien del mundo.

—El diablo puede salir á vivir en ese mundecillo, dijo él. Considérome yo á los hombres con unas honras títeres que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirado bien son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por dónde subía á las cabezas, y ahora parece que se sube hácia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno á sus agujas.

—Hay maridos calzadores que los meten para calzarse la mujer con más descanso y sacarlos fuera ellos. Hay maridos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á oscuras parecen estrellas, y llegados cerca son candelilla, cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen, y llegando se apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres cuando piden su honra, que es pedir lo que dan. Y si creemos á la gente y á los refranes que dicen: Lo que arrastra honra, la honra del marido son las culebras y las faldas.

—No estoy dos dedos de volverme jigote (dijo el nigromántico) para siempre jamas: no sé qué me sospecho. Dime, ¿hay letrados?

—Hay plaga de letrados, dije yo; no hay otra cosa sino letrados; porque unos lo son por oficio, otros lo son por presuncion, otros por estudio, y destes po-

cos ; y otros (estos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de doctores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las universidades; y valiera más á España langosta perpetua que licenciados al quitar.

—Por ninguna cosa saldré de aquí (dijo el nigromántico). ¿ Eso pasa ? Ya yo los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura ; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados me aveciné en ésta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote. Repliqué :

—En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenia ménos doctores, y hala sucedido lo que á los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana ménos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda ; ahora anda empapelada como especias. Un Fuero—Juzgo con su *magüer* y su *cuemo*, y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías ; y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman sayon al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menoquios, Surdos y Fabros, Farinacios y Cujacios, consejos y decisiones y respensiones y lecciones y meditaciones ; y cada día salen autores, y cada uno con tres volúmenes : *Doctoris Putei*, l. 6, vol. 1, 2, 3, 4, 5, 6 hasta 15. *Licenciati Abbatís de Usuris*, *Petri Cusqui in Codicem, Rupis, Brutiparcin, Castani, Montocanense de Adulterio et Parricidio, Cornazano, Rocabruno*, etc. Los letrados todos tienen un cimiterio por librería, y por ostentacion andan diciendo : Tengo tantos cuerpos ; y es cosa brava que las librerías de los letrados todos son cuerpos sin alma, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razon ; solo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él ; que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas : los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿ Quereis ver qué tan malos son los letrados ? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfias ; y si no hubiera porfias, no hubiera pleitos ; y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores ; y si no hubiera procuradores, no hubiera enredos ; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos ; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles ; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel ; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces ; y si no hubiera jueces, no hubiera pasion ; y si no hubiera pasion, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza, y lo que autoriza una gorra. Llegareis á pedir un parecer, y os dirán : Negocio es de estudio ; diga vuesa merced que ya estoy al cabo ; habla la ley en propios términos. Toman un quintal de libros, dánle dos bofetadas hácia arriba y hácia abajo, y leen de priesa, arremedando un abejon, luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen : En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesa merced me deje los papeles ; que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche ; porque estoy escribiendo sobre la tenuta de Trasarra, mas por servir á vuesa—

merced lo dejaré todo. Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), hice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: ¡Jesus, señor! Y entre Jesus y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se emboca un doblon.

—No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decian que el palo era alcalde, y de ahí vino: Júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser solo á dar arbitrio á los reyes del mundo que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo para que lo embelequen y roben y consuman. Dime, ¿hay todavía Venecia en el mundo?

—Sí la hay, dije yo; no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.

—¡Oh! doyla al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa que miéntras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite por hacer mal á los cristianos, los cristianos por hacer mal á los turcos, y ellos, por poder hacer mal á unos y á otros, no son moros ni cristianos; y así dijo uno dellos mismos en una ocasion de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: Ea, que ántes fuísteis venecianos que cristianos. Dejemos eso, y dime, ¿hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?

—Enfermedad es (dije yo) esa de que todos los reinos son hospitales. Y él replicó:

—Ántes casas de orates entendí yo; mas segun la relacion que me haces, no me he de mover de aquí. Mas quiero que tú les digas á esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambicion, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va; así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razon. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos por la continua marea de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblen despues hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber; que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor?

—Murió Filipo III, dije yo.

—Fué santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico), segun lei yo en las estrellas pronosticado.

—Reina Filipo IV dias há, dije yo.

—¿Eso pasa (dijo)? ¿Qué ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba? Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo: Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo:

—Déjale ir; que nos tenia con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo, di que *Agráges* estuvo contigo, y que se queja que le levanteis: *Ahora lo veredes*. Yo soy *Agráges*: mira bien que no he dicho tal; que á mí no se me da nada que ahora ni nunca lo veais; y siempre andais diciendo: *Ahora lo veredes*, dijo *Agráges*. Solo ahora que á tí y al de la redoma os oi decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy *Agráges*, ahora lo veredes, dijo *Agráges*. Fuése, y púsoseme delante enfrente de mí un hombrecillo, que parecia remate de cuchar con pelo de limpiadera, erizado, bermejizo y pecoso.

—Dígotе sastre, dije yo. Y él tan presto dijo:

—Oír que no pica, pues no soy sino solicitador, y no pongais nombres á nadie. Yo me llamo *Arbálias*, y os lo he querido decir para que no andeis allá en la vida: Es un *Arbálias*, á unos y á otros, sin saber á quién lo decís.

Muy enojado, á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy medidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido que, juntando lo extraordinario con el desaliño, hacia misteriosa la pobreza.

—Más despacio te he menester que *Arbálias*, me dijo; siéntate. Sentóse y sentéme; y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trago se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecia astilla de *Arbálias*, y no hacia sino chillar y bullir. Díjole el viejo con una voz muy honrada:

—Idos á enfadar á otra parte, que luego vendreis.

—Yo tambien he de hablar, decia; y no paraba.

—¿Quién es este? pregunté. Dijo el viejo:

—¿No has caido en quién puede ser? Este es *Chisgaravis*.

—Docientos mil destos andan por Madrid (dije yo); y no hay otra cosa sino *Chisgaravises*. Replicó el viejo:

—Este anda aquí cansando los muertos y á los diablos; pero déjate deso, y vamos á lo que importa. Yo soy *Pedro*, y no *Pero Grullo*, que quitándome una d en el nombre, me haceis el santo, fruta. Es Dios verdad que, cuando dijo *Pero Grullo*, me pareció que le via las alas.

—Huélgome de conocerte, repliqué. ¿Qué, tú eres el de las profecías que dicen de *Pero Grullo*?

—A eso vengo, dijo el profeta estantigua; deso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y haceis mucha burla dellas. Estemos á cuentas: las profecías de *Pero Grullo*, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿habia más que desear? Si fuera lo que Dios quisiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la codicia;

pues hoy lo ménos es lo que Dios quiere, y lo más lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere; y el dinero es el Narciso, que se quiere á sí mismo, y no tiene amor sino á sí. Prosigo:

Si lloviere hará lodos;
Y será cosa de ver
Que nadie podra correr
Sin echar atras los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Direis que de puro verdad es necesidad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad ansí decís que amarga, poca verdad decís que es mentira; muchas verdades que es necesidad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios, que no habeis echado de ver que no es tan profecía de *Pero Grullo* como decís, pues hay quien corre echando los codos adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atras á recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,
Será el casado marido,
Y el perdido más perdido
Quién ménos guarda y más da.

Ya estás diciendo entre tí: ¿Qué perogrullada es esta? *El que tuviere, tendrá* (replicó luego): pues así es; que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; solo tiene el que tiene y no gasta; y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico; que el dinero (y llevaos esta doctrina de *Pero Grullo*) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan; enemigo de que le guarden; que se anda tras los que no le merecen, y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrera), habeis de ver á cuán ruin gente le da el Señor; y en esto conoceréis lo que son los bienes deste mundo, en los dueños dellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no es que estén ya allá, pues roban los ojos), mirad esos joyeros, que á persuasion de la locura venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡Pues qué si vais á la platería! No volvereis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso, está aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios y á la ventura, y ladrones á diablos y desgracia. Tras estos se anda el dinero; ¿y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia de comunicarle ningun deseo? Dejemos esto, y vamos á la segunda profecía, que dice: *Será el casado marido*. Vive el cielo de la cama (dijo muy colérico

porque hice no sé qué gesto oyendo la Grullada), que si no os ois con mesura, y si os rezumais de carcajadas, que os pele las barbas. Oid noramala; que á oír habeis venido y á aprender. ¿Pensais que todos los casados son maridos? Pues mentis, que hay muchos casados solteros, y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel, y doncella que se casa para morir vírgen de su marido. Y habeisme engañado y sois maldito hombre, y aquí han venido mil muertos diciendo que los habeis muerto á puras bellaquerías. Y certíficoos que si no mirara... que os arrancara las narices y los ojos, bellaconazo, enemigo de todas las cosas. Reíos tambien de esta profecía:

Las mujeres parirán
Si se empreñan y parieren,
Y los hijos que nacieren
De cuyos fueren serán.

¿Veis que parece bobada de Pero Grullo? Pues yo os prometo que si se averiguara esto de los padres, había de haber una confusion de daca mi mayorazgo y toma tu herencia. Hay en esto de las barrigas mucho que decir; y cómo los hijos es una cosa que se hace á oscuras y sin luz, no hay quien averigüe quién fué concebido á escote ni quién á medias; y es menester creer el parto, y todos heredamos por el dicho del nacer, sin más acá ni más allá. Esto se entiende de las mujeres que meten oficiales; que mi profecía no habla con la gente honrada, si algun maldito como vos no lo tuerce. ¿Cuántos pensais que el dia del juicio conocerán por padre á su paje, á su escudero, á su esclavo y á su vecino? Y ¿cuántos padres se hallarán sin descendencia? Allá lo vereis.

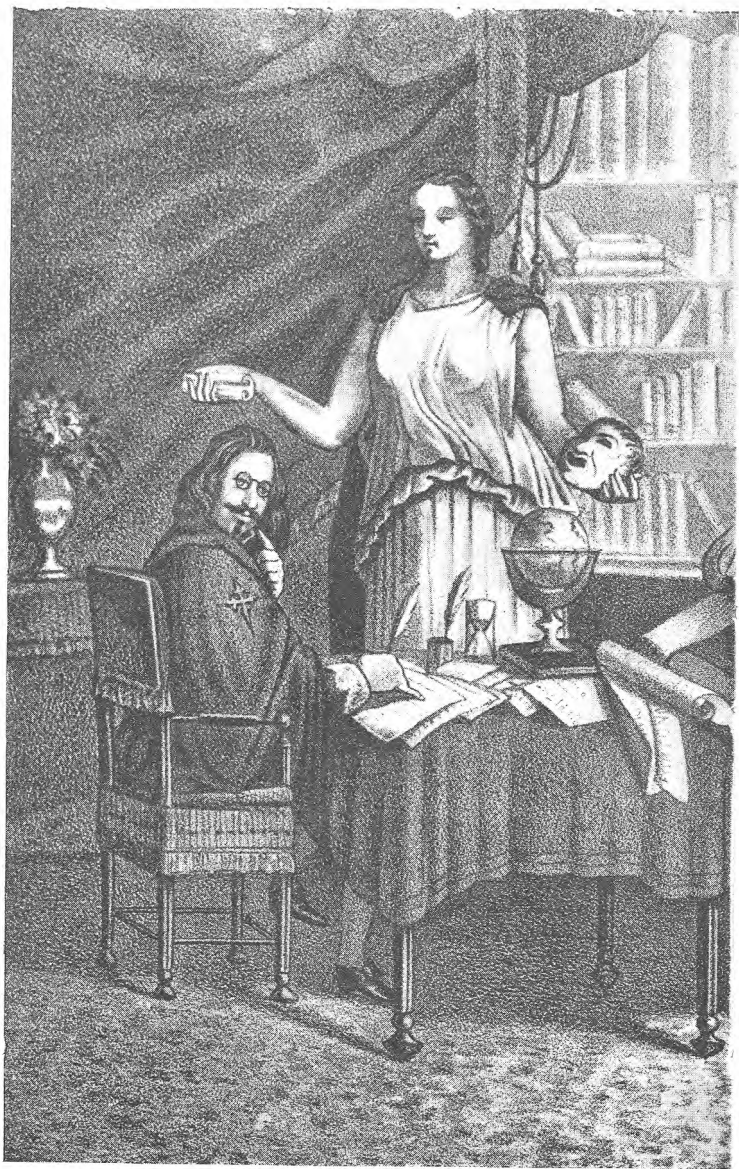
—Esta profecía y las demas (dije yo) no las consideramos allá desta manera; y te prometo que tienen más véras de las que parecen, y que oidas en tu boca son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio.

—Pues oye, dijo, otra:

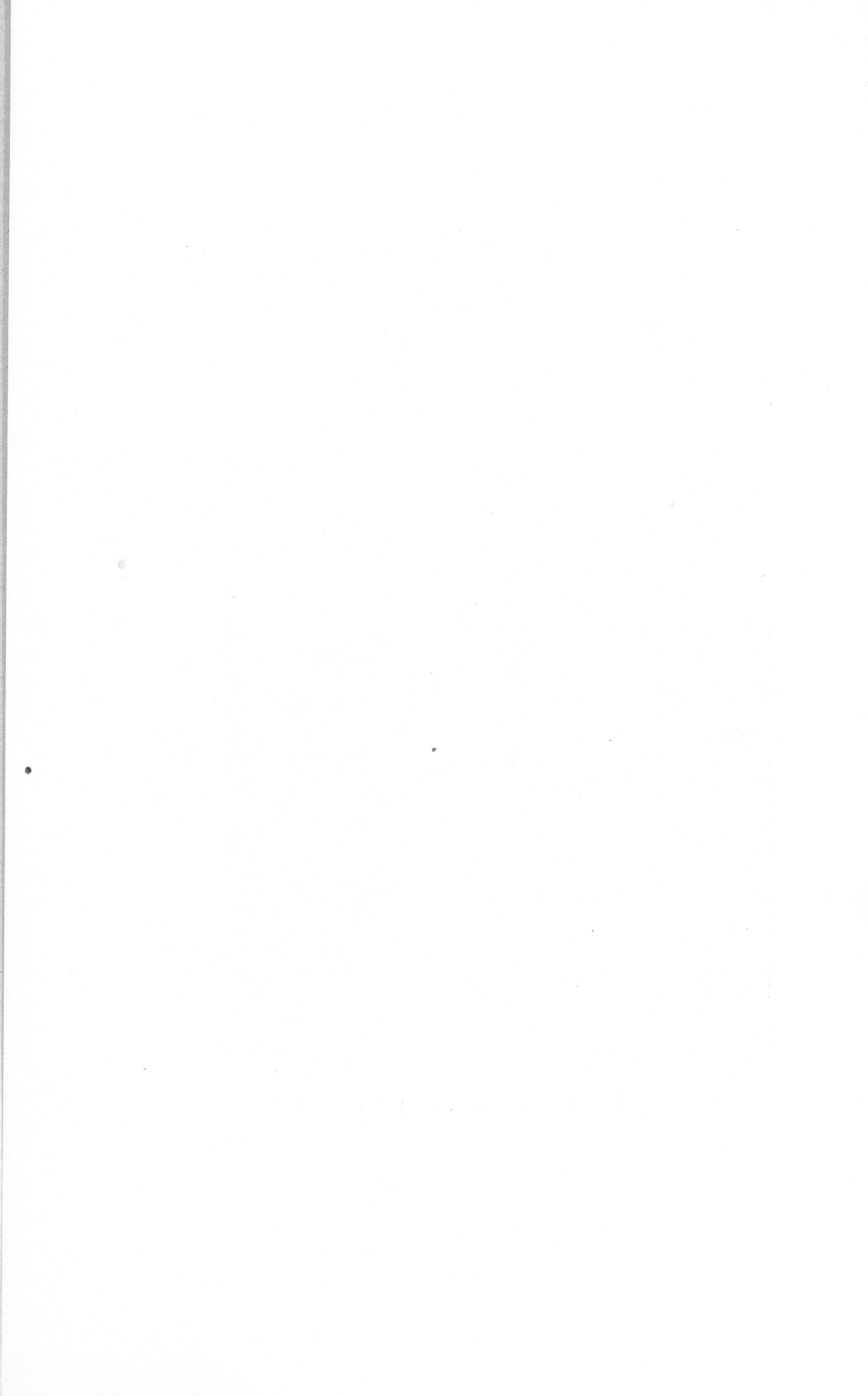
Volaráse con las plumas,
Andaráse con los piés,
Serán seis dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensais que lo digo por los pájaros, y os engañaís; que eso fuera necedad: dígolo por los escribanos y ginoveses, que estos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora y que hay *Pero Grullo* para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías; que á fe que hay que hacer en entenderlo. Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos ringlones por esta orden:

Nació viérnes de Pasion
Para que zahorí fuera,
Porque en su dia muriera
El bueno y el mal ladron.
Habrá mil revoluciones
Entre linajes honrados,



D. Francisco de Quevedo y Villegas.



Restituirá los hurtados,
Castigará los ladrones.

Y si quisiere primero
Las pérdidas remediar,
Lo hará solo con echar
La sogá tras el caldero.

Y en estos tiempos que ensarto
Vereis (maravilla extraña)
Que se desempeña España
Solamente con un Cuarto.

Mis profecias mayores
Verán cumplida la ley
Cuando fuere Cuarto el rey
Y cuartos los malhechores.

Leí con admiracion las cinco profecías de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas cuando por detras me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo:

—Duélete de mí, y si eres buen cristano sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres. Hincóse de rodillas, y despedazándose á bofetadas, lloraba como un niño.

—¿Quién eres, dije, que á tanta desventura estás condenado?

—Yo soy, dijo, un hombre muy viejo, á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro*, y me conocerás; pues no hay cosa que no la diga el *Otro*. Y luego, en no sabiendo cómo dar razon de sí, dicen: Como dijo el *Otro*. Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latin me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando ringlones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayas al otro mundo y digas cómo has visto al *Otro* en blanco, y que no tiene nada escrito y que no dice nada, ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí á cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona*, en los enredos *No sé quién*, en las cátedras *Cierto autor*, y todo lo soy el desdichado *Otro*. Haz esto, y sácame de tanta desventura y miseria.

—Aun aquí estais, ¿y no quereis dejar hablar á nadie? dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico; y asiéndome de un brazo dijo: Oid acá, y pues habeis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidles que me tienen muy enfadado todos juntos.

—¿Quién eres? le pregunté.

—Soy, dijo, *Calainos*.

—¿*Calainos* eres? dije; no sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: Cabalgaba *Calainos*.

—¿Saben ellos mis cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos; y no se metán en cuentos conmigo.

—Mucha razon tiene el señor *Calainos* (dijo otro que se allegó), y él y yo es-